

za, sufrimientos, persecuciones, afrentas, tormentos y muerte. ¿Dejará el mundo sus dogmas sensuales? ¿Seguirá una doctrina que le manda conmutar el fausto por la simplicidad, el orgullo por la humildad, la riqueza por la pobreza, la sensualidad por la maceración, la vida tranquila por las persecuciones? Humanamente hablando, esto es imposible; la tierra toda se levantaría contra esta doctrina y sus predicadores. Si los sábios no son suficientes para confutar á los que anuncien estos nuevos elementos, se acudirá á la última razón del mundo brutal; el verdugo reprimirá con su cuchilla los ecos que no pudo acallar la prudencia humana.

En efecto, amados míos; apenas es anunciado el Evangelio de Jesús, resuena en todo el orbe un grito de guerra; la Sinagoga misma, á cuyo seno pertenece este Jesús, lo anatematiza fulminando sobre sí misma una horrible maldición, cuyas consecuencias no teme, con tal que condene al exterminio á Él y á sus secuaces; este grito resuena en todos los ángulos del imperio romano, secundando éste los furiosos proyectos de la Sinagoga. «¡A las armas, á las armas! gritan los Césares y el Senado, el Areópago y el Pórtico; son atacados nuestros dioses, se nos manda que dejemos á nuestros padres y hermanos, y haciendas y placeres; se nos dice que castigemos nuestros cuerpos, que detestemos nuestra propia ciencia, que adoremos lo que hasta hoy hemos aborrecido, que aborrezcamos lo que hasta ahora hemos amado; ¡á las armas, judío, griego, romano, escita, partho, medo y cuantas naciones hay en la tierra!» ¿Qué guerra es esta? ¿Contra quién? Es la guerra de todos los dioses del paganismo contra uno que se dice Dios verdadero; la guerra de todos los hombres contra uno solo. ¡Pobre galileo! ¡Desgraciado Nazareno! El combate es general y decisivo; ahora tienes que demostrar lo que eres; si eres hombre sólo, no seas tan temerario que quieras entrar en batalla con tanto

Emperador y tantas legiones, con tantos sábios y pueblos; si eres Dios, también ha llegado el momento perentorio de obrar. Este es el momento en que has de tocar con tu dedo las cimas de los montes, para que se abran sus cráteres y vomiten lavas sembrando el pavor en la tierra; ahora te has de acordar de los truenos y relámpagos del Sinaí, de los prodigios del Tain y el mar Rojo; ahora es cuando á tu llegada han de ser pulverizadas las ciudades; ahora es la hora de enviar ángeles exterminadores que castiguen al orgulloso y blasfemo Sennaquerib, al sacrílego Heliodoro, á los infames Corés y Abirones; ahora... pero ¿quién habla en este momento? La ciencia humana, que no sabe ganar sino oponiendo violencia á violencia, fuerza á fuerza. Silencio, pues, silencio, filosofía carnal; no ha de ser vencido el mundo con estas armas; la paciencia y humildad de Jesús y sus secuaces van á triunfar sobre las preocupaciones de los pueblos. El error ha durado cuatro mil años; no importa; la paciencia y humildad han de ser más fuertes que cuarenta siglos de prescripción; ella triunfará sobre las supersticiones populares, sobre los errores hereditarios, sobre los sistemas intolerantes de los sábios, sobre las imposturas de los oráculos, ora sean sibílicos, ora egipcios; triunfará de la tiranía de los Césares; triunfará del entendimiento y voluntad de todos los hombres; recoged, pues, vuestras fuerzas; salid á la arena, Reyes, pueblos, sacerdotes, magos, encantadores, filósofos y pasiones; llegó la hora del combate; acometed todos á Jesús.

Así sucede: al poco de la muerte de Jesús empieza el apostolado á recorrer la tierra, semejante á esas nubes que rápidamente vuelan en las alas de los vientos: tan pronto están en el Aquilon como en el Mediodía; tan pronto en el Oriente como en el Occidente; mares, desiertos, lagos, ríos, lagunas, precipicios, aldeas, ciudades, provincias, reinos, imperios, todo es visitado por los



pasos apostólicos, sucumbiendo al fin bajo el peso del furor popular; al poco cesan todos los tribunales de juzgar las causas de los asesinos, pues tienen que ocuparse en causas de religión; al poco no necesitan los circos de Roma, de Alejandría ni Antioquía, ni de gladiadores, ni de esclavos, ni de fieras para divertirse; los cristianos son tan numerosos, que cada día mueren á millares; al poco es preciso exterminar legiones enteras, pues no consienten ofrecer incienso á los ídolos; despues ya no hay ciudad ni aldea donde no haya que erigir tribunales expresamente para sentenciar á los que adoran á Jesus; niños de nueve años, doncellas de doce, de trece, de quince, se presentan á los prefectos, se dejan despedazar ántes que renunciar á Jesus; nada es para ellos la hermosura, los halagos, las riquezas, las glorias humanas; todo su anhelo es morir por Jesus; al fin la tierra toda está inundada de sangre; el más horrendo aparato de suplicios se desarrolla; no bastando el día, pasan tambien los tiranos toda la noche martirizando á los cristianos; de las plomadas pasan á las perfricaciones de sal, de fragmentos de ladrillo; son arrastrados por peñascos, por abrojos, por precipicios; son puestos en los potros y caballetes; entran luégo á rasgar sus carnes las uñas de acero; suceden á esto las espinzas y tenazas royentes; uno por uno les son arrancados los dientes; de ahí pasan á las parrillas y los hornos; de ahí á los toros de bronce, á las saetas, á la espada, á los estanques de pez hirviendo, de aguas congeladas, y á la muerte: ¿cuántos cristianos habeis muerto en trescientos años, tiranos, prefectos, cónsules, soldados, pueblos? ¡Ah! Diez y ocho millones. ¿Cuántos han quedado en la tierra? Todos sus habitantes. Sí; todos sus habitantes. Ya no hay distincion de bárbaro ó escita, de Emperador ó vasallo: el sagrado lábaro de la Cruz precede á las legiones; esta señal es puesta en las agudas flechas del Capitolio; enmudecen para siempre el Foro y

el Panteon, y diez y nueve siglos van que Júpiter no tiene rayos ni palabra, que un mismo símbolo y creencia se profesa en el orbe cristiano, sin que las violencias ni el error lo hayan podido destruir ni amancillar.

¿Quién ha hecho este gran prodigio? Un Hombre solo; un Hombre que ha muerto en un palo ignominioso; un Hombre que ha enseñado á todos á ser humildes, pacientes, mortificados, á despreciar el mundo, los honores y riquezas; un Hombre que mandó á sus discípulos que fuesen como corderos en medio de lobos, que no resistiesen á las violencias, que se dejasen despedazar; un Hombre que cifró nuestra bienaventuranza en que por su amor fuésemos odiados de los demás, y arrojados de entre ellos; un Hombre que llamó dichosos á los pobres, á los mansos, á los que lloran, á los que tienen hambre y sed de la justicia, á los misericordiosos, á los de corazon puro, á los pacíficos y á los que son perseguidos por la justicia; un Hombre que condena las riquezas, la vanidad, la lujuria, los espectáculos; un Hombre que prescribe el silencio, el retiro, la penitencia, el sacrificio de las propias ideas á la razon divina. ¡Un hombre! ¡Oh! Es imposible que un hombre pueda tanto; muchos hombres han querido plantear sistemas, organizar sociedades, fundar monarquías; unos han tenido en su favor todos los recursos de la ciencia, otros el apoyo de los ejércitos; éstos han halagado á los grandes, aquéllos á la multitud, y nadie ha podido arrastrar el mundo tras de sí, cayendo por su propia virtud los edificios que querian eternizar, estrellando siempre al que los formara. Preciso es confesar que Jesus era Hombre y Dios, porque sólo Dios puede haber cambiado la faz del mundo, enseñándole á condenar cuanto ántes amaba.

Si Jesus no fuese Dios, ¿qué proporcion hallaríamos entre los medios y los fines? ¿No sabemos lo que puede hacer un hombre en tres años? ¿No sabemos que doce



hombres, comparados con los demás, son un átomo, y que si quisiesen hacer la guerra á todos los demás se cumpliría en ellos la ridícula pretension que nos dice la fábula tuviera el sapo contra el toro? ¿No serian pulverizados y arrojadas al viento sus cenizas, para que ni memoria quedase de ellos? Pero yo me equivoco, y voy á corregir esta idea: hombres ha habido que han llevado el terror de las armas á los confines del mundo; doce Alejandro habrian dominado toda la tierra; doce Césares habrian podido recorrer el mundo, diciendo todos, en sus orgullosas pretensiones: «Vine, miré, vencí.» ¿No es así, altaneros filósofos? Pero ¿quién era Alejandro y César? ¿Quién Pedro y sus once compañeros que Jesucristo envió á conquistar la tierra? Bien lo sabeis vosotros, que no habeis tratado mejor al discípulo que al Maestro; aquellos guerreros antiguos, aquellos tiranos, eran para vosotros hombres de vastos conocimientos, de erudicion profunda, de ideas grandes; éstos eran hombres viles, rateros, descamisados tan infames como su Maestro, ignorantones, groseros, carnales, incapaces de hacer frente á nadie, ni de saber manejar más que algun anzuelo. Es cierto; nosotros tambien confesamos que los Apóstoles eran hombres rudos, iliteratos, y que apenas conocian el dialecto de su nacion; más os diré yo aún: eran tan cobardes, que al primer estrépito de las armas se dispersaron todos, dejando abandonado á su Maestro, y uno de ellos, que blasonaba de más valiente, tembló á la voz de una jovenzuela; más todavía: eran tan cortos en sus luces naturales, que no entendian lo que su Maestro les decia, sino despues de mil repeticiones; eran tan groseros, que pretendian la superioridad, y aún se arrojaron dos á decir á su Maestro que los señalase á ellos para ocupar los dos primeros asientos del reino de que tantas veces les hablara, y que ellos no comprendian en el verdadero sentido. ¿Cuántas cosas más pudiéramos decir de la imperfeccion

de los Apóstoles al principio de su vocacion? Pero esperad un poco; dejad que Jesus muera en una cruz; dejad que resucite; dejad que suba al cielo y envíe desde allá el Espíritu Santo sobre aquellos doce pescadores, rudos, ignorantes y groseros, y vereis quiénes son, qué dicen y qué hacen. Miles de años há que no subsiste una sola empresa de las que acometieron aquellos que vosotros llamais hombres grandes; y despues de diez y nueve siglos de esfuerzos agigantados, aún no habeis podido derrocar el edificio que construyeran éstos que llamais hombres de la nada; ni uno de sus escritos ha sido encontrado erróneo; todos los pueblos los conservan, todos los idiomas los poseen como una obra divina, donde se halla la más profunda filosofía, el más consumado saber.

Sí; al poco de recibir los Apóstoles el Espíritu Santo, toman á su cargo la civilizacion del mundo, echan suertes, se reparten las naciones, y hélos repartidos. Santiago el Menor, en la Judea; el Mayor, en España; Pedro, en Antioquía y Roma; Andrés, en la Acaya; Juan, en el Asia; Tomás, en el naciente del Sol; Bartolomé, en la Armenia; Mateo, en Etiopía; Simon y Judas, en la Mesopotamia; Felipe, en la Frigia; Márcos, en Egipto; Bernabé, en Chipre; Pablo, en toda la tierra. Hé ahí doce hombres que se atreven á conquistar la tierra; al verlos, no diríamos que eran los que en el lago de Genezareth temblaban á la primera ráfaga de viento que azotaba su bote; parece que corre por sus venas otra sangre; parece que han sido fundidos y templados en los laboratorios de donde salen los grandes héroes; levantad vuestras cabezas de entre las sombras del sepulcro, Jerjes, Ciros, Aníbal, Escipiones; observad á estos doce hombres; ¿no los tendreis por unos temerarios? Vosotros para conquistar una provincia hicísteis temblar la tierra con vuestras falanges y cubristeis los mares con montañas de mártires, y á fuerza de armas y pericia pudísteis apenas conseguir que os



respetasen: ¿no os parece un arrojo loco que doce guerreros quieran hacerse dueños del mundo? ¿Qué digo guerreros? Apenas saben manejar un bordon para sostener su debilitado cuerpo, ni tienen otra arma que una cruz, ni otro haber que una túnica; y no obstante su pobreza y soledad, no obstante el no saber más que á Jesus crucificado, confutan los sofismas de la filosofía, desbaratan los artificios de la elocuencia humana, combaten toda mentira, enseñan toda verdad, con tan felices resultados, que todos los sábios y no sábios meditan día y noche sus escritos; todos les dan crédito, todos abjuran el error; y se multiplican de tal modo los creyentes, que no habiendo un solo cristiano en Roma en tiempo de Tiberio, ya en la época de Neron han subido tan de punto, que el historiador Tácito no sabe darles otra denominacion que la de muchedumbre innumerable: *multitudo ingens*. Y en tiempo de Trajano es tan pujante su número, que Plinio escribiera á este Emperador diciéndole que el Cristianismo, á manera de epidemia, se habia extendido por las ciudades y municipios, causando tanto descrédito en los dogmas antiguos, que apenas se encontraban compradores de víctimas para los sacrificios.

Inútil es que me detenga en enumerar las circunstancias del tiempo en que se efectuára esta gran revolucion de las ideas humanas, y la sujecion del mundo á la fé, pues ya lo habeis visto; tampoco hablaré de lo que hacen los Apóstoles para dominar al género humano; baste para esto dar unas pinceladas al cuadro histórico de Roma y á la biografía del Príncipe de los Apóstoles. Fuera Roma entónces la reina del mundo, al cual impusiera el yugo de la esclavitud; pero de tal manera, que al conquistar los pueblos vindicára para sí misma las idolatrías de todos; no era posible penetrar en el recinto de la ciudad de los siete collados sin tener que doblar la rodilla á millares de ídolos. «Más fácilmente, dice un

historiador satírico de aquellos tiempos; más fácilmente se encuentra en esta capital del imperio un Dios de piedra, que un hombre;» Roma es el tipo de todas las ciudades del imperio; Atenas y Cartago son tan supersticiosas como la gran metrópoli del error; entrad en cualquiera de sus casas, y la encontrareis toda plagada de dioses domésticos; salid á sus plazas, y no hay ángulo ni recodo que no tenga su nicho; paseaos por sus calles, y todo se reduce á obeliscos, altares, títulos y templos consagrados á la idolatría; la disolucion, la prostitucion, el asesinato, el latrocinio, la violencia, el rapto, la crápula, la embriaguez, la tiranía, todos tienen su númen tutelar; todo es Dios en el mundo ménos el verdadero Dios. ¿Quién se atreverá á entrar en Roma sin adorar á lo léjos al Dios Capitolino? ¿Quién llegará á sus puertas sin doblar su rodilla á Céres, diosa de la tierra; á Neptuno, dios del mar; á Marte, dios de la guerra; á Proserpina y Pluton, dioses de la muerte, y á otras divinidades que no es del caso referir? ¿Quién? Pedro; Pedro, quien, despues de haber fundado las iglesias de Antioquía, de la Bitinia, del Ponto y de la Galacia, encamina sus pasos hácia Roma para arrojar de ella la idolatría, para humillar á sus Césares y confundir á los sábios del Pórtico. Seamos por un momento moradores de la antigua Roma é hijos de sus creencias. Salgamos al encuentro á este hombre; hablemosle diciéndole la verdad de las cosas, para que no acometa una hazaña en que ha de quedar avergonzado y confundido. Ya llega: ¿quién eres tú y á dónde vas, hombrezuelo cubierto de harapos?—Yo soy un pescador del lago de Genezareth en la Palestina.—¿Cómo? ¿Y tú, judío, te atreves á pisar la tierra romana, santificada con tantos dioses, enaltecida con tantos héroes, y cubierta de mil glorias? ¿Tú, judío, grosero, rebelde y fanático?—No importa; vengo á erigir mi solio, poniendo por pedestal el trono de los Césares; vengo á mandar callar á todos los



oráculos, á convencer de mentirosos á todos los arúspices y magos; vengo á expulsar á todos los dioses; yo me llamo Pedro; me envia con esta mision un Hombre nacido de una Virgen, educado por un pobre artesano, y muerto en un suplicio.—Esa mision es ridícula: ¿qué fuerzas traes? ¿Quién te acompaña? ¿Dónde están los recursos? ¿Dónde los ejércitos, y qué pretendes sustituir á nuestros cultos? —Yo no tengo arma alguna ofensiva; mi palabra es suficiente para persuadir á todos los Emperadores y sábios; no ha de quedar una estatua de dios falso en su lugar; las voy á pulverizar todas, y en su lugar pondré este pedazo de madera, esta cruz.—¡Desgraciado! Vuélvete á aquel país del fanatismo; toma de nuevo tus redes para que puedas vivir pacíficamente; esta empresa no sería buena sino para un Aníbal ó para un Alejandro, ó algunos de esos héroes que contaban con un millon de combatientes, y acaso perecerian en la demanda; porque ¿quién va á decir á Neron que sea más humano? ¿Quién va á decir al Senado y al pueblo que adore á un malhechor muerto en una cruz, cuando tenemos dioses inmortales en la esfera, en las nubes y hasta en las entrañas de la tierra?—¿Quién? Yo, dice Pedro, y sigue su camino; el espíritu de verdad va dando fuerzas á sus enervados miembros. Miradlo cómo entra en Roma; extiende su vista, y no encuentra sino ídolos. Pedro no puede soportar tanta ceguedad; se dirige á los obeliscos, á los altares y nichos: «¡Abajo, dice, ídolos de Menfis, de Nínive, de Susan, de Babilonia; abajo divinidades falsas de Amon y de Moab; no hay más que un Dios en los cielos y en la tierra!» Se endereza al Panteon, y conmina á cuantos adornan sus innumerables aras: «¡Abajo tambien, les dice, tú, Júpiter conservador, Marte, Vénus, Mercurio, Juno, Saturno, que teneis engañado al mundo; abajo todos, pues voy á poner en vuestro lugar esta cruz!»

Habló Pedro, y ¡cosa admirable! tiemblan los cimien-

tos del Capitolio, enmudecen los falsos profetas, braman los sacerdotes supersticiosos, rugen los prefectos; mas entre tanto los ídolos se desmoronan, la idolatría se debilita, el mismo palacio de Neron se llena de cristianos, triunfa la Cruz en la cima del Vaticano y en las otras seis colinas; Pedro es el objeto de todas las conversaciones; su doctrina es verídica, sus costumbres irreprochables, su moral más sabia que la de todos los filósofos; no importa que Neron se enfurezca contra él, que grite el populacho, que se desaten contra él tigres y leones, que muera en la misma cruz que predica y propone para adorarla. ¡Ah, Pedro! Sube con paso firme á la cima donde has de morir; pero ántes permítenos besar esos piés, ante los cuales se postrarán todos los Emperadores y Reyes del mundo; déjanos sellar con nuestros lábios esas plantas, que besarán en sus sucesores los Constantinos, los Teodosios, los Enriques, los Carlo-Magnos y los Luises; esas plantas á las cuales los hombres purpurados servirán de estribo algun día, reputándose por dichosos al postrarse en la peana del Trono de sus sucesores.

Hé aquí, amados míos, una prueba irrefragable de la divinidad de nuestra Religion santa; la destruccion de la idolatría, los medios tan opuestos á la ciencia carnal, la época en que dominaba libremente el error, defendido por los Monarcas, sostenido por las legiones, panegirizado por los sábios y arraigado en los pueblos. Esta religion es la esperada hacia cuatro mil años, es la que sucesivamente fué ilustrando las naciones, la que nos abrió las puertas de la Sion celestial. Luego ¿qué consecuencia inmediata sacaremos? ¿Que sólo la fé en Jesucristo puede salvar al hombre? Aplicad, pues, á vosotros mismos esta consecuencia; examinemos con su luz el estado actual de los pueblos que paulatinamente han ido dejando esta fé, y lloremos los estragos de la herejía del siglo xvi, que, no sólo ha destruido las creencias en la



mayor parte del mundo, sino que ha hecho que la civilización tomase un sesgo perjudicial, convirtiendo los hombres á la avaricia y á la ambición, materializando todas las ideas que elevan al hombre, y fijando nuestra atención en obras puramente materiales, en lujo, en sensualidad, en maquinaria, llevando su ardimiento hasta el extremo de canonizar las rebeliones, para que esté el mundo siempre cubierto de luto, para inundar los pueblos de sangre, para tener siempre en movimiento á los pueblos, y hacer de este modo que, entre el bullicio de las revoluciones y el estrépito de las armas, no se acuerden los hombres de salvar sus almas.

¡Anatema, pues, á la herejía! ¡Anatema á la filosofía incrédula! ¡Anatema al racionalismo! Por nuestra parte, adoremos á este amantísimo Jesus, que tanto trabajó para salvar nuestras almas; adoremos esta santa Cruz, Trono del Dios paciente y bandera de su ejército. ¡Ah! Si sabemos infaliblemente que nadie puede salvarse sin creer en Tí, ¡oh dulce Jesus! ¿por qué no hemos de tener siempre nuestra vista en tan firme apoyo? Si sabemos infaliblemente que ni los sábios, ni los ignorantes, ni los tiranos, ni los herejes, podrán jamás destruir tu doctrina ni tu Iglesia; si sabemos que, así como has triunfado diez y nueve siglos, triunfarás hasta la consumación del mundo, ¿cómo es, ¡oh Dios mio! que, abandonando tu ley, nos afiliamos á la bandera del error, queriendo sacudir el suave yugo de tus preceptos, que no tienen otro fin que nuestra salvación? Si sabemos infaliblemente que Tú has condenado para siempre la falsedad y mentira, la hipocresía y el dolo, dándonos el sagrado código de los Evangelios para que lo meditemos día y noche, ¿por qué tomamos en nuestras manos esos libros impíos, donde se aprenden las rebeliones, las intrigas, los ódios, los envenenamientos, la lujuria, la idolatría? ¡Dios justo! Perdonad nuestra irreflexión é inconsecuencia; nosotros

creemos en Tí y te adoramos como al principio de nuestra salud eterna; deseamos amarte con todo nuestro corazón; deseamos morir ántes que abandonar tu santa ley. Dadnos una gracia triunfadora, una gracia que nos haga sentir vivamente las ofensas que os hemos hecho, pues todos nos arrepentimos y decimos con dolor: *Señor mio Jesucristo, etc.*